

DE ARRIBA ABAJO

Texto y fotos: Emma Jaramillo

En Bogotá ya casi no hay ascensoristas. En los edificios del centro de la ciudad chatarrizaron los viejos ascensores y los reemplazaron por otros más modernos sin palancas, sin rejas y sin mano de obra. Ahora, la profesión de ascensorista, antes encarnada en caballeros discretos, amables y bien uniformados, sobrevive a las malas esperando la pensión, o un mejor trabajo... Mientras tanto, a “subir y bajar como un yoyo”

—“Buenas tardes. ¿Qué piso?”, dice Aída Lizeth.

A pocas cuadras, en un edificio sucio y feo de la calle 17 con octava, Flaminio, un hombrecillo gris, o tal vez café, con quien, a pesar de compartir un fatídico destino jamás se ha cruzado, repite el rito:

— “Buen día doctor, para el sexto ¿no?”

Cerca, un esposo observa a su mujer desde un sofá de cuero rasgado, y María, sin notar que al fin Fidedigno la mira como antes, dice la conocida frase que aleja el repentino aire conquistador que su presencia había despertado en su marido: *“Ellos cierran la oficina a las tres. Ya no están. Mañana abren al medio día”*.

Luego, todos jalan la palanca, cierran la reja, pierden a tres potenciales amigos, y quizá la admiración de uno que otro amor. Primero, segundo, tercero, cuarto...El ascensor sube y aún nadie requiere su servicio... quinto, sexto. Y nada. ¿Qué pasó? Ahora baja, y nuestros ascensoristas se dan cuenta de que están solos.

Aída Lizeth Sánchez Ruiz, de 21 años, prefiere no pensar mucho. Tiene la belleza de la juventud junto a la serenidad de una futura madre, pues desde

hace cuatro meses está embarazada de una niña. Siempre lleva el pelo recogido y conserva una sonrisa, que aunque así fuera, nadie podría decir que es de tristeza. El trabajo le ha gustado. Es feliz porque... quinto, cuarto, tercero, freno..., porque disfruta ayudando a los despistados.

En el piso tres del edificio Lumen, Flaminio Olarte, que lleva 25 años de sus 68 de vida trabajando como ascensorista en el mismo ascensor, recoge a un abogado.

Abogados, abogados y abogados son los que trabajan en las 41 oficinas de un edificio sin nombre ubicado en la calle 13 # 9-63, y que María Díaz lleva de un piso a otro, turnándose con su marido cada dos horas. Cuando llega el momento del cambio, él deja una revista a un lado y ahora ella se dispone a hacer el aseo del edificio, pues, debido al recorte de personal de 1998, los dos quedaron como los únicos trabajadores a cargo. Siempre atento, él hace las veces de vigilante, ascensorista y todero. Y ella, siempre ocupada, es ama de casa, ascensorista y aseadora. Pero, a pesar del agotamiento, con este trabajo han sacado adelante a sus dos hijos; a cambio recibieron esta construcción helada, que guarda secretos de viejas estafas, procesos tramposos y conversaciones atrapadas entre un compartimiento y otro, donde hombres decentes maquinaron triquiñuelas con sus vecinos.

“Subir y bajar como un yoyo”, así define su trabajo Fidedigno Londoño, quien lleva 28 años desempeñándose en el oficio. A primera vista parece que entre él y María el amor ha muerto. Pero no. Comparten ilusiones y odios: odio a la rutina y al centro de la ciudad, así como a su trabajo, que según él *“le ha arrancado todos sus sueños”*; entonces le dan *“ganas de salir corriendo; de irse y no volver”*; por eso afirma que si volviera a nacer no elegiría ser ascensorista.

¿Y las ilusiones? María y Fidedigno aún se quieren, y aunque ya casi no hablen, en sueños conversan sobre el futuro. Quieren pensionarse y luego comprar una casa en Mesitas, Cundinamarca, para retornar al campo con la

certeza de que sus hijos no seguirán sus pasos. Fidedigno dice que no quiere que ellos continúen con su profesión “*porque se estancan; ahí se quedan. Después pa’ dónde se van*”.

“El tres patadas”

Aída tiene mucho sueño y el vaivén del ascensor parece arrullarla. Abre y cierra la puerta con más fluidez mientras se le comienzan a cerrar los ojos. El ascensor para, pues hacia las tres de la tarde el edificio es menos transitado. Entonces Aída decide tomar una siesta. Se recuesta sobre la lata plateada que hace de pared, y siente más fuerte el aroma que ya había percibido la primera vez que entró en el ascensor. ¡Claro! Huele a Vicenta, la ascensorista que reemplazó, y que salió pensionada después de más de 20 años de servicio.

—Vicenta, Vicenta, Vicenta. ¿Qué será de la vida de Vicenta?

Flaminio tiene aire de liberal de principios de siglo: progresista, respetuoso, de bigote y algo de irreverencia. Le gustan los pantalones de dril color crema, lleva con dignidad un buen bigote, y el poco pelo que le queda bien peinado hacia atrás. Gracias a este oficio, que lo ocupa de siete de la mañana a siete de la noche, ha logrado mantener a cuatro hijos. Pero nunca se ha casado, pues como dice con orgullo, ha “vivido a lo bien”.

En el medio —si es que los ascensoristas pueden tener uno— Flaminio es mejor conocido como “el tres patadas”, pues su ascensor, el segundo traído a Colombia en la década de los treinta por la empresa OTI —reconocida multinacional que fabrica estos aparatos— es “eterno”; nunca se daña y cuando tiene algún problema basta con que le peguen tres patadas para que vuelva a funcionar.

Aunque los ascensores antiguos consumen mucha energía y tienen repuestos costosos, también reportan varios beneficios, entre ellos, una larga duración y excelente rendimiento por la calidad con que fueron

construidos, ya que aguantan más peso del que la fábrica les concedió al diseñarlos, y claro, obligan la contratación de un ascensorista que, en parte, contribuye a la seguridad del edificio.

“Este no es mi destino”, dice Flaminio cuando piensa en lo que ha sido de su vida. Pero, para otros, este oficio ha sido una forma de escapar de la adversidad. Varios niños y niñas de escasos recursos y en estado de orfandad ahora son sanos abuelos gracias a que el Instituto Cristiano San Pablo les brindó otra opción de vida educándolos y luego brindándoles trabajo como ascensoristas. Ellos trabajaban en el edificio San Pablo y en el edificio Lorenzo Cuéllar, ambas propiedades donadas al Instituto por Lorenzo Cuéllar, hombre prestante de la capital y fundador de la organización, quien en su testamento, de fecha 25 de enero de 1901, destinó sus recursos para su creación. Ya todos salieron pensionados, y a pesar de la falta de oportunidades, tuvieron con qué vivir dignamente.

Después de mostrar lo descontento que está con su trabajo, los gestos de Flaminio cambian. Ya no tiene ese tono tristón y resignado, pues según dice le aburre más no tener con qué pagar los servicios. Por eso está *“donde más caliente el sueldo”*.

Caliente está el tinto con el que entra el señor del quinto piso al ascensor de Aída. Y aquí viene eso que encarna lo peor de ser mujer ascensorista: *“Y como está de linda hoy”*, el piropo insípido con pretensiones de fineza de un típico viejo verde. A las cinco y cuarenta y cinco se reanuda el tráfico; entran y salen personas preguntándole por otras. Ella responde: *“Elsa no ha llegado. Entró y volvió y salió con el hermano. Dijo que ya venía”*. Cuando voltea a mirar, el viejo del piropo ya no está, y siente un gran alivio.

Alberto Montoya, experto en reparar ascensores y copropietario de una empresa especializada en esta labor, arregla alrededor del 40% de los ascensores mecánicos de la ciudad, y según él ha automatizado 20 edificios aproximadamente. Afirma también que *“si quedan 200 ascensoristas en la ciudad, es mucho”*. Hace 20 años, según dice, había más de 400.

Los ascensoristas de hoy son hombres sin gremio: muchos sin las prestaciones sociales que la rigidez del horario exigiría, sin conciencia de grupo ni posibilidad de movilización colectiva para demandar cambios de su situación laboral, pues ni siquiera se conocen entre ellos. Estos hombres, inmunes al mareo, tienen la memoria fotográfica expandida, una infinita paciencia y fuertes achaques en la espalda. Hay algo de amargura en las primeras palabras; y en las últimas, un gran corazón. *“Generalmente se quedan allí toda la vida, hasta que se pensionan”*, dice Alberto Montoya, quien cree que se han adaptado a lo que les tocó.

Su labor puede parecer despreciable, nada en apariencia más inútil, ¿verdad? Sin embargo, esta profesión tiene su ciencia o su maña, pues la operación de abrir y cerrar la puerta de este tipo de máquinas requiere de una intuición especial; si la palanca es jalada unos segundos antes o unos después, el ascensor puede trabarse o detenerse. Por eso es fundamental, para no correr el riesgo, contar con un buen ascensorista.

Pero en otros casos no hay palanca que cerrar. Se trata de ascensores modernos en los que el trabajo de los ascensoristas consiste en espichar un botón. Tal es el caso de los ascensoristas del Club El Nogal y del Hotel Tequendama que, vestidos cual Lord inglés, sonrían todo el día: todo dorado, amoroso, reluciente, cuellos limpios, cenas románticas, amabilidad abundante. Y ahí ellos, como testigos reverentes.

Como dice Fidedigno, este es un oficio para viejos. *“Nadie joven aguanta el trote”*, a excepción de Aída, que con sus ganas de vivir hace de su andar entre piso y piso una danza a la juventud. Aunque sueña con conseguir un trabajo mejor remunerado en contabilidad o sistemas, lo que más le importa es sentirse bien en él. Ella mira la vida con inocencia, como los viejos, que saben que no tienen nada que perder. Por eso es buena en lo que hace.

Otras jóvenes de pelo tinturado y crespos prominentes, casi anaranjados por la decoloración, se lamentan por el oficio que deben realizar para

subsistir. Ellas se delinear los labios y las cejas para pasar el tiempo. No regalan una palabra si no es con permiso de su jefe, ni un minuto si no es pagado como extra. Sueñan con que llegue la noche, y ser libres.

¡Extra! ¡Extra! ¡Extra!

Sobre el centro de la ciudad se posa una extraña nube que solo quienes tuvieron un mal día pueden ver. A Juana le preguntaron justo lo que no sabía, Luís José llegó tarde, como de costumbre, pero esta vez fue grave; María Inés vio a muchas parejas besándose y se siente desdichada. Y todos ellos pueden ver una esfera deforme que cubre el cielo, pero que no hará llover.

En una especie de coro que sale de viejos edificios, matizado por ciertas carrasperas producto de la vejez, esta corriente de aire se cuele por entre las rejas hasta alcanzar dimensiones urbanas. Está formada por chismes jamás comentados, junto a los lamentos de todos los ascensoristas que desde su ascensor, un punto estancado en el tiempo y el espacio, dejaron de cantarle al amor.

Se hace tarde, y el edificio va quedándose vacío. Flaminio, el solitario que siempre sonríe cuando le preguntan algo, se abotona su chaqueta y saluda a la calle. Fidedigno y María suspiran al tiempo: viven en el edificio y no hay como salir de él; solo les queda esperar el fin de semana para su paseo al Parque Nacional, al del Tercer Milenio o al Veinte de Julio. Ese suspiro es, más bien, signo de una gripa nunca superada, ánimo, dignidad o un espasmo muscular.

Aída pisa el andén, cierra los ojos, da un respiro rápido, sonríe y siente que la vida continúa. Al otro día volverá el cotidiano uno, dos, tres, freno...Con su vigor de señorita siempre vivo y la esperanza de que en esas no la atrape la amargura. Tres, dos, uno,... Ya es vieja.

